

EL NARANJO DE BULNES

I, setenta y cinco años de historia

Antxon Iturriza

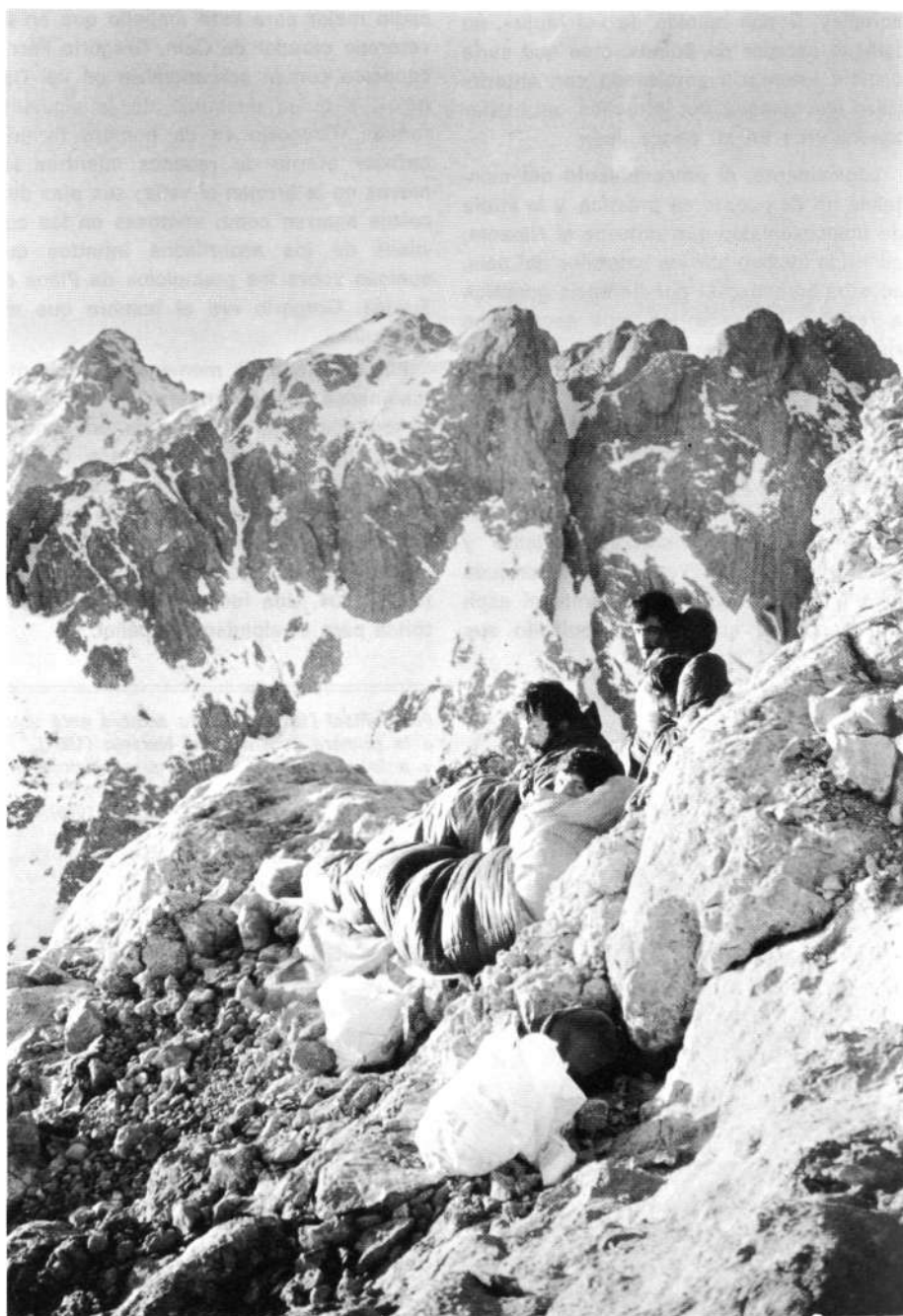
El 5 de Agosto pasado se cumplía el 75 aniversario de la primera ascensión al Naranjo de Bulnes. En esta fecha del año 1904, un aristócrata aventurero y un rudo hombre de la montaña eran protagonistas de una hazaña que puede considerarse como la partida de nacimiento del alpinismo español de dificultad.

Tras los pasos de aquellos pioneros, el afán innovador del hombre y el perfeccionamiento de las técnicas de escalada han ido permitiendo abrir rutas cada vez más atrevidas y directas a la cumbre del esbelto monolito de Urriello, escribiendo en sus paredes una densa historia de glorias y tragedias que, desde la utilización de la primera clavija en España, hasta las grandes invernales de su cara Oeste, ha corrido paralela en sus características a la propia evolución del alpinismo en la península.

LOS PIONEROS

El Naranjo de Bulnes, situado en el centro de un circo de montañas, es una mole caliza que impresiona por su agresividad y aslamiento. Y como en tantos otros casos de la historia del alpinismo, iban a ser los hombres de ciencia, geólogos y topógrafos, los que aportasen las primeras referencias escritas sobre esta montaña.

Uno de esos personajes, mezcla estrecha de científico y aventurero, era el ingeniero Casiano de Prado, cuyo espíritu investigador le lleva en 1845 a recorrer y estudiar el laberinto calizo de los Picos de Europa. En esta tarea perseverará durante varios años y en la memoria de sus investigaciones, publicada en 1860, encontramos la primera descripción del Naranjo de Bulnes: «De todas las peñas, la única



Amanecer radiante de un vivac en la cumbre del Naranjo un 31 de diciembre. (Foto: Manu Uriarte).

en este país que se tiene por inaccesible al hombre y aun a los rebecos, es el Naranjo de Bulnes. Magnífica pirámide cuya forma, vista desde el Llambrión, se parece mucho a la de un cono truncado, que es casi un cilindro.»

Otro hombre de similares características a Prado es el conde de Saint Saud, quien llega por primera vez al pie del macizo en 1891. El científico francés es un apasionado del alpinismo, que ya en 1880 había dejado su nombre ligado a las primeras ascensiones de las cumbres pirenaicas de Puy de Lynja y Fonguero. Sus ojos son, quizás, los primeros que miran a los verticales murallones del Naranjo con ambición de escalarlos. «Nosotros —confiesa su acompañante, Labrouche— no hemos intentado escalar esta roca que nos parece inaccesible con los medios actuales. Según opinión de «el Muju», un famoso cazador de Bulnes, cree que sería posible intentarlo empleando con anterioridad una semana, por lo menos, para tallar agarraderos en su panza lisa.»

Lógicamente, el procedimiento del montañés no es puesto en práctica, y la vitola de inaccesibilidad que rodeaba al Naranjo, admitida incluso por los naturales del país, acostumbrados casi por herencia genética a recorrer y salvar los más escarpados riscos, cruza la barrera del siglo XX sin que nadie se aventure a romper el mito.

UN CAZADOR Y UN ARISTOCRATA

Sin embargo, para aquellos momentos la idea de alcanzar esta cumbre bullía ya en la mente de un aristócrata soñador y aventurero llamado Pedro Pidal, marqués de Villaviciosa de Asturias. Junto al espíritu deportivo que había impulsado sus

andanzas cinegéticas por la montaña, un trasfondo de fervor patriótico impulsaba a este hombre a ver en la mole del Naranjo un reto que su honor no podía rehuir. «¿Qué idea formaría de mí mismo y de mis paisanos —escribiría el marqués—, si un día llegase a mis oídos que unos alpinistas extranjeros habían tremolado con sus personas la bandera de su patria sobre la cumbre virgen del Naranjo de Bulnes, en España, en Asturias, y en mi favorito de rebecos?».

Las inquietudes del atrevido aristócrata no estaban carentes de fundamento, a la vista del desarrollo que el alpinismo estaba experimentando en países como Francia, Suiza, Alemania o Gran Bretaña. Esta constatación le espoleaba aún con más fuerza hacia la maduración de su proyecto. Necesitaba un compañero y piensa que nadie mejor para este empeño que en un veterano cazador de Caín, Gregorio Pérez, conocido con el sobrenombre de «el Cainejo», a quien describía de la siguiente forma: «Gregorio es un hombre fornido, cazador eterno de rebecos mientras las nieves no le arrojan al valle; sus pies descalzos agarran como ventosas en las cornisas de los acantilados infinitos que cuelgan sobre los precipicios de Picos de Europa. Gregorio era el hombre que me convenía.»

Por fin llega el momento del intento. Iluminados por las primeras luces del día y con una cuerda comprada en Londres especialmente para esta ocasión, la heterogénea pareja de hombres se sitúa al pie de la vertiente Norte de la montaña, única que les ofrece, en su opinión, posibilidades de acceso. Era el día 5 de Agosto de 1904. Una fecha que iba a ser histórica para el alpinismo español.

HACIA LA CUMBRE

Después de realizar algunos reconocimientos visuales con prismáticos de las fisuras de la pared, comienzan a trepar a las ocho de la mañana. Pedro Pidal escribiría después: «Sin decirnos más, nos atamos fuertemente la cuerda a la cintura, cada uno por un extremo y empezamos la subida. «El Cainejo» tomó la delantera, lo más difícil, y yo seguí de cerca poniendo los pies y las manos donde él había puesto los suyos y así fuimos trepando un buen pedazo. A veces, mi compañero no alcanzaba el saliente al que poder agarrarse y entonces mi cabeza, primero, y mi puño, después, eran los que servían de punto de apoyo. Una vez en firme, sus buenos puños tirando de la cuerda, contrastaban el efecto de la gravedad en mi persona.»

Tras tres horas y media de escalada por este sistema, y después de superar incontables peripecias, a la una y cuarto de la tarde aquellos dos hombres, tan separados por su cultura y nivel social, pero unidos por el afán de aventura, se convertían en los primeros que pisaban la cumbre del Naranjo de Bulnes.

El Marqués de Villaviciosa dejó en su relato inmortalizadas las sensaciones de los momentos emocionados de los últimos metros de la escalada. «...El instinto de triunfo, de conquista, se apoderó de nosotros. Subíamos con ansia, no reparábamos en peligros y no nos decíamos una palabra. Todo sonreía a nuestra ambición desmedida y cuando el embudo se abrió y la vertical empezó a dejar de serlo, yo me desaté la cuerda abandoné al «Cainejo», y saltando loco, ebrio de placer y de entusiasmo, entoné al llegar a la cumbre



Pedro Pidal (1870-1941). Su nombre está unido a la primera ascensión al Naranjo (1904), y a la creación de los Parques Nacionales en el Estado español, el primero de los cuales fue el de Covadonga (1918). (Foto tomada de «El Naranjo de Pidal y El Cainejo», de GVMA, 1979).

*Gregorio Pérez, «El Cainejo»
(Foto: Saint Saud).*





Una aproximación Invernal al Naranjo. La Gargantada (2.075 m.) vista desde el Jou sin Terre. (Foto: Manu Uriarte).

el más formidable «hurra» que di en los días de mi vida.»

Sin embargo, junto a la alegría desbordante del triunfo, crecía la inquietud por el descenso, que presentaba más dificultades que la propia subida. No conocían un sistema ortodoxo de rapelar, por lo que tendrían que destrepar por las grietas que tan duramente habían superado en el ascenso. «El procedimiento seguido fue el siguiente —explicaba Pedro Pidal—. Para mí, como en la subida, lo más cómodo y hacedero: bajaba delante, bien de frente o de espaldas a la pared y mi compañero me deslizaba teniendo la cuerda, hasta que tocaba un punto firme». Tras él descendía «el Cainejo» haciendo alardes de equilibrio que le iban a arrancar una frase que quedaría en la pequeña historia de esta ascensión: «¡Dios mío!, ¿cómo subí yo por aquí?».

Más de cinco horas les iba a costar el descenso, hasta que alcanzan el pie de la pared. «Allí —recordaba «el Cainejo» con su peculiar dicción— «besemos» ambos la cuerda que nos había «ayudao» a subir y bajar. Don Pedro miró su «reló» y eran las siete de la tarde. Cogimos un chorizo cada uno y echamos a andar hacia la fuente...». De esta forma sencilla se cerraba la primera página del alpinismo español. La prueba había sido dura, pero los temores de Pedro Pidal de que un extranjero fuera el primero en pisar la cumbre del Naranjo habían quedado conjurados.

MEDIO SIGLO DE DOMINIO DE LA HABILIDAD SOBRE LA TECNICA: 1904-1954

Con esta primera ascensión se abría en la historia del Naranjo de Bulnes una

época que iba a durar medio siglo, caracterizada por el protagonismo casi exclusivo que sobre ella iban a ejercer los hombres que viven al pie de la montaña. Montañeses de Caín, Camarmeña o Bulnes, cuyo caminar no conoce de terrenos llanos; hombres empujados por el medio a superar desde sus primeros pasos la atormentada geografía que les rodea, para cuidar del ganado o para cazar el rebeco; hombres cuya habilidad innata para trepar por la roca iba a marcar de manera decisiva un largo período de la conquista del «Picu». De la evocación de sus andanzas y anécdotas se ocupará en capítulo aparte José Antonio Odriozola, probablemente el mejor conocedor de la historia de esta montaña y de cuyo libro «El Naranjo de Bulnes» han sido tomados gran parte de los datos utilizados en estas líneas.

Pero volvamos a coger el hilo del relato cuya evolución iba a confirmar los temores del Marqués de Villaviciosa, ya que los intentos que siguieron a su ascensión iban a tener como protagonistas a dos hombres nacidos más allá del Pirineo. El primero de ellos era el conocido alpinista francés M. L. Fontán de Negrín, quien en Julio de 1906 se acerca a las laderas del Naranjo, atraído por la aureola de dificultad que rodea al monolito calizo de Urriello. A través del propio P. Pidal establece contacto con «el Cainejo», el cual accede a ayudarles a llegar a la cumbre. Sabedor de que el acompañante del alpinista francés es un guía de Gavarnie, Gregorio Pérez, orgulloso de su hazaña y de la arrogancia del «Picu», previene a los animosos montañeros de lo que les espera: «Allí, en vuestro país, dicen que hay montañas con hielo y picachos muy peligrosos, pero

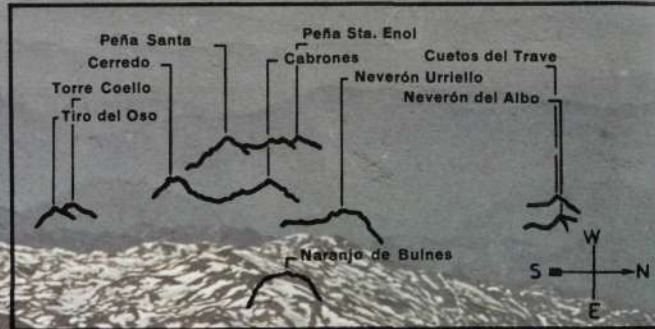
me parece que ninguno lo será tanto como nuestro Naranjo: venid a verlo; todavía no estáis en la cumbre.»

Aunque Gregorio nunca llegaría a establecer por sí mismo la comparación entre el Naranjo y «aquellas montañas de hielo» de las que tan sólo había oído hablar, el resultado del intento iba a dar la razón a sus advertencias un tanto jactanciosas. Después de toda una jornada de esfuerzos en la pared, los alpinistas franceses desisten de su intento. A Fontán de Negrín no le faltan ni resignación, ni tristeza cuando escribe en su diario: «Hemos fracasado. A pesar de la habilidad y valentía de Gregorio, que durante varias horas nos ha izado colgados de la cuerda, marchando él con los pies desnudos, buscando en vano un punto de apoyo, nosotros no nos hemos decidido a continuar. Mañana partiremos de aquí dejando al coloso que ha menospreciado nuestros esfuerzos.»

UNA ASCENSION DE ALTA ESCUELA

Más hábil y afortunado iba a ser un joven geólogo alemán que recorre los Picos de Europa en viaje de estudios durante el verano de 1906. Gustavo Schulze es un alpinista formado en la Escuela de Escalada de Baviera, con un avanzado nivel técnico para aquel momento. Estudia las posibilidades de las diferentes vertientes del Naranjo y, tras un intento fallido sobre la cara Sur, se decide a seguir las referencias de la ascensión de Pidal y «el Cainejo».

Su itinerario (véase croquis n.º 1), comparado con el de sus antecesores, se



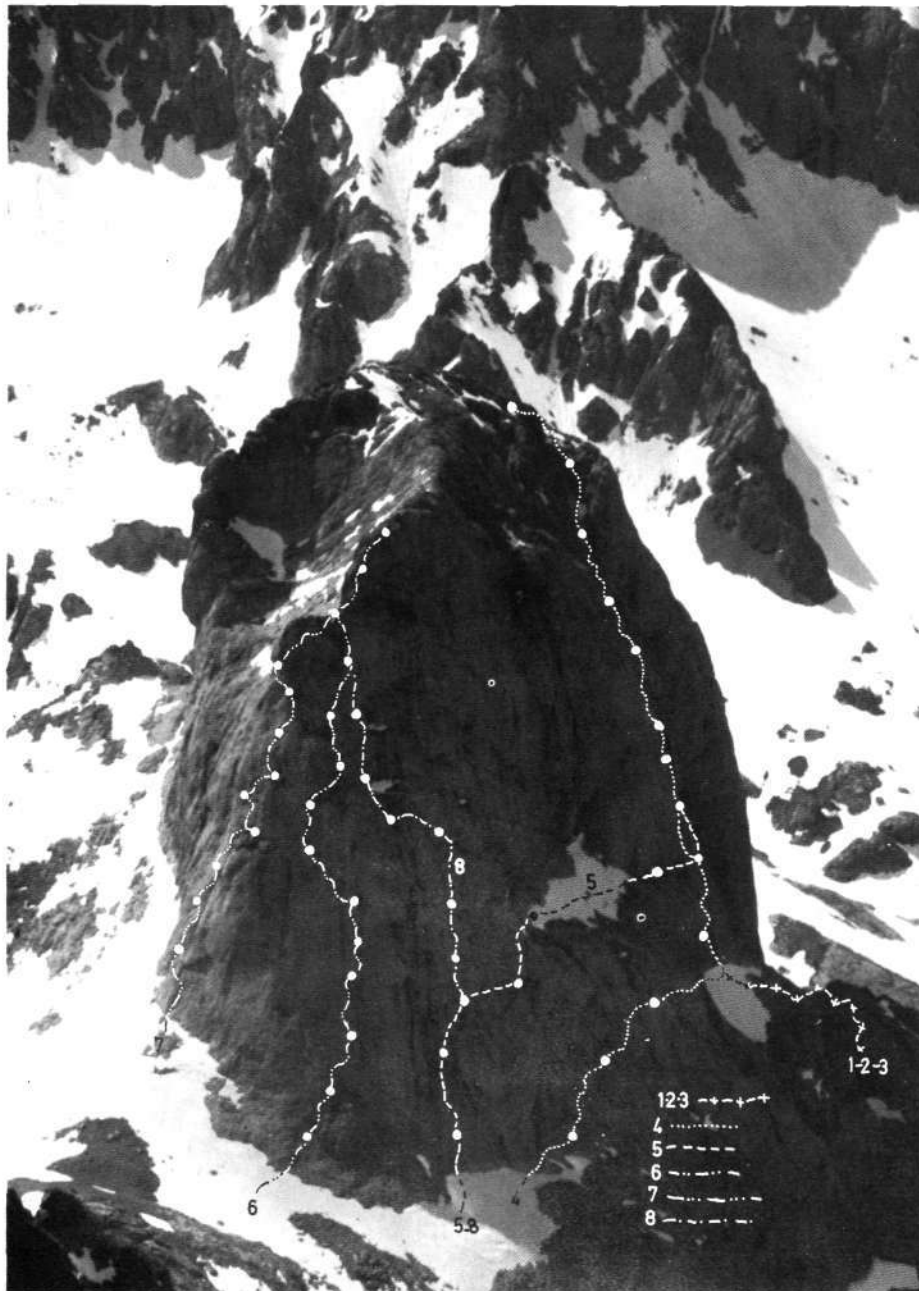


Foto cortesía de Editorial ETOR.

inicia en el mismo punto, pero en lugar de ganar altura transversalmente hacia la pared N.E., se dirige resultante hacia una plataforma alargada, conocida como la «gran cornisa». Desde ella llegaría al pie de las grietas que conducen a la cumbre. Shulze escoge la que le parece más factible y que discurre paralela a la utilizada por los primeros ascensionistas. El bávaro se lamentaría después de esta decisión: «¡Si yo hubiera sabido entonces que por la otra grieta habían bajado Pidal y «el Cainejo» y que en ella estaba colocada una cuerda abandonada que pude ver después desde arriba!».

El relato de su escalada es eminentemente técnico, describiendo con precisión las características del terreno, sin apenas dar lugar a las concesiones literarias:

«...Tuve que buscar mi camino hacia la derecha, a través de una hendidura estrecha y sumamente somera, y, para remate, tan resbaladiza que sólo la absoluta necesidad me forzó a confiarme a ella. Pero, al fin, gané la chimenea que, al principio todavía algo difícil, me llevó hasta un saliente de la peña desde el que fácilmente alcancé la cumbre.» De esta forma, el primero de Octubre de 1906 se registraba la segunda ascensión al Naranjo y la primera que se realizaba en solitario.

Sin embargo, aquella jornada no había agotado todavía su carga de acontecimientos para la historia de esta montaña: la ortodoxa formación alpinística del germano le posibilitaban la utilización de recursos que estaban vedados a sus antecesores. Concedor de las técnicas de rapelar,

CARA NORTE - ESTE (Croquis 1)

1955	1	— Variante Hermanos Régil.
1953	2	— Carlos Re.
1968	3	— C.A.S.
1904	4	— Pidal.
1906	5	— Schulze.
1974	6	— Martínez Carretero.
1974	7	— Nani.
1955	8	— Cepeda.

se dirige a la Cara Sur, por la que ya había intentado ascender sin éxito por la mañana y que le parece la más idónea para el descenso. Baja por el Anfiteatro Sur hasta el espolón oriental (véase croquis n.º 2) y colocando allí la primera clavija que se utilizaba en España, desciende en varios rappels hasta la base de la montaña. Tres clavijas iban a quedar en el espolón hasta 1933 como testimonio del primer rappel que, siguiendo las normas clásicas, vieron las montañas españolas.

VICTOR: «EL AMO DEL NARANJO»

Tras la genial escalada solitaria del germano al Naranjo, iban a pasar diez años sin que nadie volviera a intentar medir sus fuerzas con la verticalidad de sus paredes. Pero la montaña estaba allí y su influjo iba a seguir ejerciendo atracción en hombres como José Fernández Zabala, escritor y enamorado de Picos de Europa, autor, junto a Pedro Pidal, de uno de los primeros libros escritos sobre estas montañas, que perseguía el deseo de llegar a la cumbre más arrogante del macizo. Para ello, encarga a Severiano López, uno de los primeros guías de la zona, la búsqueda de una ruta hacia la cima. En este cometido se hace acompañar de un joven cuyo nombre iba a ocupar un puesto de privilegio en la conquista del Naranjo: Víctor Martínez, que con 28 años, y la facilidad y sencillez que caracterizaría las acciones de los hombres de aquellos pagos, el 31 de Agosto de 1916 conseguía la tercera ascensión, siguiendo, más o menos fielmente, la ruta de la primera escalada. Como irrefutable evidencia del hecho bajaría con el trozo de cuerda que Pidal y «el Cainejo» dejaron abandonada en la grieta final.

Probablemente por el mismo itinerario, Víctor vuelve a la cumbre de nuevo el 12 de Septiembre de 1923, pero esta vez transportando hasta la cumbre un mástil de más de tres metros por encargo de la Delegación de Bellas Artes cuyo acarreo, según comentaría más tarde, no le supuso un gran inconveniente.

Con su doble experiencia, comienza a ejercer como guía, pero se encuentra con la dificultad de asegurar a sus clientes en la larga travesía horizontal (véase croquis n.º 1), donde una caída se podía traducir

CARA SUR (Croquis 2)

1974 1 — Nani.

1928 2 — Paso horizontal.

1958 3 — Teógenes (directa Teógenes).

1944 4 — Directísima de los Hermanos Martínez.

1924 5 — Víctor.

1974 6 — Carretero.

1955 7 — Cepeda.

en un peligroso vuelo pendular. Tras un examen de las paredes, la solución la encuentra en la Cara Sur, tal y como ya había intuido Schultze años antes. La vía se inicia en la parte izquierda de la Cara Sur, para buscar luego el centro de la pared (véase croquis n.º 2), a través de una travesía diagonal de bastante dificultad. La primera constancia cierta de utilización por Víctor de esta vía con un cliente es el 18 de Agosto de 1924, cuando lleva hasta la cumbre al catalán Vicente Carrión.

SOPEÑA, EL PRIMER VASCO

Poco más de un año más tarde, el 26 de Agosto de 1925, se registra en la historia del Naranjo la primera ascensión de un montañero vasco. Se trata de Angel Sopeña, quien luego iba a ser durante veinte años (1941-1961), presidente de la Federación Vasca de Montañismo. Pero en aquel momento, Sopeña era sólo un pionero de la escalada en nuestra tierra, que había tenido la audacia de ascender al Pico del Fraille. El año anterior ya había intentado junto a Enrique Etxebarrieta la escalada del Naranjo sin conseguir encontrar la vía, por lo que en la segunda ocasión se hace acompañar por Víctor, al que ya llamaban «el amo del Naranjo». El relato de Sopeña es un reconocimiento a la destreza de su guía: «El admirable domador del fiero peñasco, el gran Víctor, con habilidad y seguridad imponderable me precede indicándome las inverosímiles pasadas de estos fantásticos paredones. Como precaución voy sujeto a la cuerda, pero su uso no es imprescindible.»

También las cualidades alpinísticas de Sopeña debieron impresionar favorablemente a Víctor, quien le propone el descenso por la vía N.E., la que utilizaran Pidal y «el Cainejo», por la que el propio Víctor no ha descendido desde hace cuatro años. Con dificultades, pero sin novedad, consiguen su intento y en el momento de la despedida, Sopeña dedica estas emocionadas líneas a la montaña que acababa de ascender: «...veo flamear al viento, cual blanca paloma, el pañuelo que prendí en el mástil de la majestuosa cima (el que subiera Víctor años antes), que semeja a un cariñoso adiós de despedida. Yo llevaré tu salud hasta aquellos riscos del



Foto: J. A. Odriozola

Duranguesado, tus hermanos menores que quedaron allá, en Vizcaya, como tú aquí, con la vista puesta en el cielo.»

Todavía no había pasado un año, el 3 de Agosto de 1926, el vizcaino Enrique de Etxebarrieta, acompañante de Sopeña en su primer intento fallido, sería quien recogiera el pañuelo que aquel dejó en la cumbre como testigo de su escalada. Como ocurriera con su compañero, en el relato del de Bakio quedaría reflejada con acentos de admiración la facilidad trepadora de Víctor: «...Escalaba sin que pudiera ver dónde se agarraba. Después deduje que su maña y su fuerza son tajos, que se aprovecha para la escalada de cualquier agujero, por pequeño que éste sea y al cual yo no hubiera confiado mis dedos por temor a que fallaran...». Pocos días des-

pués, otro montañero vasco, Alejandro Goikoetxea, que años más tarde alcanzaría la celebridad como inventor del tren Talgo, pasaría a ser el noveno en la lista de honor de los conquistadores del Naranjo, llevando también a Víctor como guía.

Hasta once veces iba a subir Víctor al «Picu» antes de su muerte en 1930, pero tras su ejemplo iba a surgir una dilatada dinastía de guías de esta montaña. Casi todos sus hijos llegaron a ser excelentes escaladores, especialmente el mayor de ellos, Alfonso, quien ha llegado a sobrepasar ampliamente las doscientas ascensiones a la cumbre. Alfonso Martínez, todo un ejemplo de honradez y eficiencia montañera, es en el momento actual una institución viviente respetada y admirada por todos, como prototipo de la destreza na-



Tres escaladores vascos de la época histórica. De izquierda a derecha: Enrique de Etxebarrieta (1926), Ángel Sopeña, el decano de los escaladores del Naranjo (1925), y Andrés Espinosa (1928). (Foto: J. A. Odriozola).

tural de estos hombres de la montaña ante las dificultades de los planos verticales.

LLEGA LA TRAGEDIA

El 30 de Julio de 1928, por las paredes del Naranjo comienza a trepar un personaje ciertamente singular. Se trata de un vasco que pronto iba a asombrar al mundo alpinístico con sus increíbles ascensiones solitarias al Mont Blanc, Cervino, Sinai, Toubkal y Kilimanjaro, entre otras que jalonan una apasionante biografía que no es todo lo conocida que debiera. Este hombre, cuyo espíritu de aventura le llevaría hasta las laderas del Himayala, donde las autoridades británicas le impidieron seguir adelante, no era otro que Andrés Espinosa, quien llega en solitario a la

Otro «histórico», Alejandro Goicoechea (1926) (Foto: J. A. Odriozola).



cumbre, convirtiéndose en el primer montañero de la península, no procedente de los pueblos circundantes, que lograba la ascensión sin guía.

Un intento similar al de Espinosa iba a escribir la primera tragedia en la historia del «Picu» tan sólo un mes más tarde, cuando el montañero asturiano Luis María Martínez, «el Cuco», extraviado en la pared, cae al vacío. Su cuerpo será encontrado una semana más tarde por Víctor Martínez y enterrado en el cementerio de Bulnes. Iba a ser la única vida que cobraría el Naranjo en cincuenta años de escaladas.

Los hitos se van sucediendo cada vez con más celeridad reuniendo en las paredes del Urriello a los exponentes más audaces del incipiente alpinismo de aquellos años. Y así, bajo el sortilegio de una noche despejada y tranquila del verano de 1933, el encanto del Naranjo se adueñaría para siempre de la fina sensibilidad de artista y de montañero de otro gran nombre del alpinismo hispano: Enrique Herberos. Una atracción que se mantendría en toda su intensidad hasta el mismo momento de su muerte, que la vino a buscar hasta las laderas de sus queridas montañas de Picos de Europa.

La guerra civil abre un obligado paréntesis en la sucesión de escaladas y pasan casi diez años sin que se registren acontecimientos destacables. En el año 1944 se abre una nueva vía en la Cara Sur a cargo de los hermanos Alfonso y Juan Tomás Martínez. Su intención al buscar este itinerario, como guías que son de la montaña, es la de evitar al máximo los

aseguramientos laterales, peligrosos teniendo en cuenta que no utilizan clavijas para realizarlos. Esta vía, a pesar de no ser la de menor dificultad, es en la actualidad la más utilizada en las ascensiones al Naranjo.

Siguiendo con este bosquejo de la historia del Naranjo, reseñaremos por el interés particular que pueda encerrar para los lectores de estas líneas, tres hechos relacionados con montañeros vascos: el 17 de Agosto de 1949, nada menos que doce montañeros de nuestras provincias están presentes en la tercera misa que se celebra en la cumbre de esta montaña. Dos años más tarde, el 11 de Agosto de 1951, Julita Etxenike, de la Sociedad Montañeros Iruneses, se convierte en la primera montañera de nuestra federación que corona el Naranjo. Y sin salirnos del terreno de la anécdota, resulta bastante ilustrativo de las condiciones en que se movía la escalada en Euskal Herria en aquellos años, el relato de la ascensión de Mikel Etxebarria y Juan San Martín en 1950. Los eibarreses llegan a la Vega de Urriello, donde se celebraba un campamento internacional, luciendo un equipo que deja sorprendidos a los asistentes: camisa blanca, pantalón «mil rayas», abarcas, dos martillos de bola, otras tantas enormes clavijas de fabricación casera y una cuerda de treinta metros; pero el asombro de los acampados sería mayor al ver que aquellos estrafalarios personajes les adelantaban en la pared y llegaban a la cima por delante de ellos. Las cuerdas que les cedieron unos montañeros italianos evitarían que los dos animosos euskaldunes tuvieran que destrepar toda la pared, al no poder montar con los treinta metros de su cuerda un descenso en rappel.

A LA BUSQUEDA DE LA DIFICULTAD: 1954-1979

Con la conmemoración del cincuenta aniversario de la primera escalada, que tiene lugar con gran brillantez el 5 de Agosto de 1954, puede decirse que se cierra una fase en la conquista alpina del Naranjo de Bulnes. Un período que pudiéramos denominar como «época clásica», en el que el protagonismo de los hombres y mujeres de la zona iba a ir aparejado a los acontecimientos más destacables. Quizás como un símbolo de la transición, un año antes, el 15 de Julio de 1953, los madrileños Carlos Re y Francisco Pérez, acompañados del legendario Alfonso Martínez, abrieron una difícil y larga ruta a través del espolón N.O. que iba a quedar bautizada con el nombre del primero de ellos (véase croquis n.º 1). Era la última gran ruta en que iba a participar de modo directo un montañés; la que venía a mar-

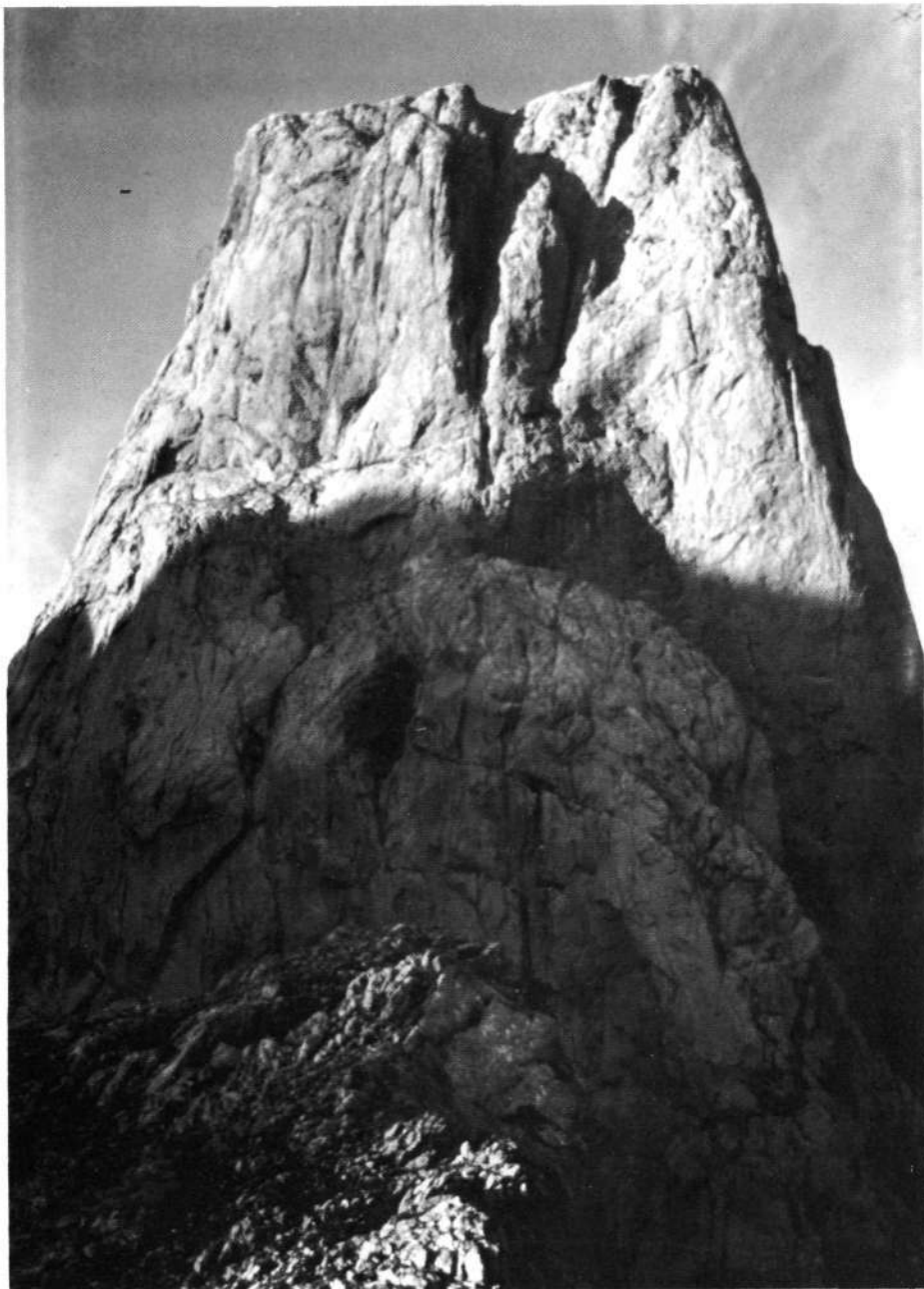
car los límites entre la habilidad y la técnica. Tras ellas se iniciaba otra etapa en la que la evolución del material y de las técnicas de escalada iba a transferir la iniciativa a manos de alpinistas que iban a llegar desde todos los rincones, atraídos por la belleza del Pico de Urriello.

Bajo el impulso de esta corriente, que desde 1954 nos lleva hasta el momento actual, en todas las vertientes del Naranjo se dibujarán rutas buscando la cumbre, cada vez por terrenos más arriesgados. A la tendencia de los guías del lugar a encaminar su experiencia a encontrar las vías más cómodas para el acceso, iba a suceder una nueva concepción de la escalada que buscaba, a veces con obstinación, el camino de la superación en un enfrentamiento directo y sin concesiones con la dificultad. Es una carrera sin tregua hacia el quimérico «más difícil todavía», en la que la proximidad geográfica iba a conceder a los montañeros vascos un papel destacado, tanto en la gloria como en la tragedia.

LAS PRIMERAS INVERNALES

Sin embargo no sólo se iban a centrar en las dificultades técnicas las ansias de superación de esta nueva etapa. La crudeza de la climatología invernal iba a constituirse en otro baluarte a vencer, que no tardaría en ser atacado. El 23 de Marzo de 1954, cuatro miembros del G.A.M. Peñalara: Antonio Moreno, Rafael Pellus, Máximo Serna y Agustín Faus inician al pie de la pared Sur el primer intento de escalar el Pico de Urriello en invierno, que se ve frustrado a escasos metros de la cumbre en medio de una impresionante tormenta de nieve y viento.

Pero las duras condiciones invernales del Naranjo no iban a tardar en ser enfrentadas de nuevo a la creciente ambición de los alpinistas. Dos años después, el 8 de Marzo de 1956, a dos vascos les correspondía el honor de apuntarse la primera ascensión invernal registrada en el Naranjo. Se trataba de los vizcainos Angel Landa y Pedro Udaondo, cuyos nombres se repetirían con insistencia unidos a brillantes páginas alpinísticas en esta montaña. Ya el segundo de ellos había sonado con fuerza el año anterior al conseguir abrir, junto a María Jesús Aldecoa y Jaime Cepeda, una elegante ruta por la vertiente Este catalogada como «difícil superior» (véase croquis 1). A pesar de la capacidad y experiencia de Angel y Pedro, la contemplación de las paredes heladas les hace dudar de sus posibilidades: «Un detenido examen de la pared confirma que las grietas y canales están atestadas de hielo vitrio, de tal forma que cualquier



Naranjo de Bulnes. Cara Norte desde la Morra del Carnizoso. (Foto: J. A. Odriozola).

intento de superación por ellas parece imposible». Pero su experiencia les ayuda a vencer esa barrera psicológica que siempre se levanta entre el montañero y la pared al iniciar una escalada de dificultad y comienzan a trepar. «Para proseguir —relataría Landa, describiendo la escalada— tenemos que salvar una losa de unos 70° de inclinación completamente helada. Un paso, en principio, teóricamente imposible y que logramos vencer a fuerza de voluntad...». Por fin, tras cuatro horas de lucha entre la roca y el hielo, llegan a la cumbre. La primera invernal estaba conseguida y al mérito intrínseco de este hecho habría que añadir el que se hubiera realizado por el difícil espolón N.O., siguiendo al variante que a la vía Carlos Re habían trazado el verano anterior los tam-

bién vizcainos Andrés y José María Régil (véase croquis n.º 1).

Pocos días más tarde del éxito de Udaondo y Landa, el propio José María Régil iban a realizar, acompañado de José Luis Brochado, la segunda ascensión invernal.

UNA EVOLUCION SIN PAUSAS

Sin embargo, este continuado protagonismo de los montañeros vascos en las paredes del Naranjo iba a pagar su tributo en la persona de un montañero modesto, que no aspiraba a dejar su nombre inscrito en los anales de la montaña, sino que buscaba en ella la simple satisfacción que produce la superación personal. El 4 de Septiembre de 1956, Isaías Sanz Martínez, del Ganerantz de Portugalete, emprende junto a dos compañeros la escalada de

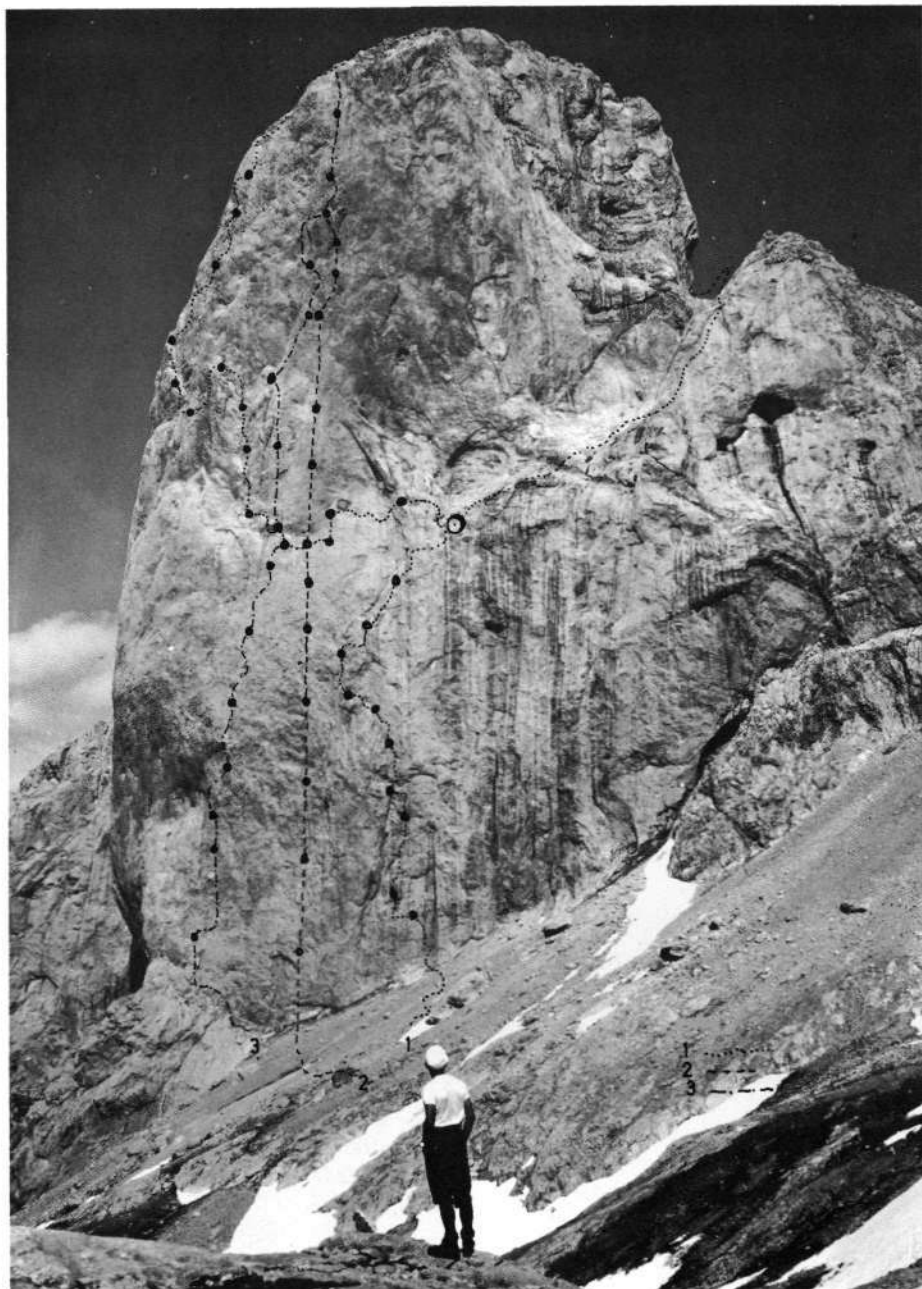


Foto: Jesús de la Fuente

la Cara Sur por la vía directa. A poco de comenzada, Isaías, que va en cabeza de cordada, se desvía del itinerario de la vía y tras intentar el progreso por un terreno de gran dificultad, cae por la pared, yendo a estrellarse en la base de la montaña que pretendía escalar. Era el primer vasco que perdía la vida en el Naranjo y la segunda víctima mortal que se registraba tras 52 años de escaladas.

Pero la aceleración creciente que experimentan las formas de vida y por ende el alpinismo, no se iba a detener ante la tragedia. La imaginación desbordante de los montañeros que llegan al pie del gran monolito de Picos de Europa seguirá buscando entre las rugosidades y grietas de la pared nuevas rutas hacia la cumbre.

Uno de esos caminos de innovación era el que ofrecía el espolón oriental, por el que Schulze había realizado en 1906 su histórico descenso en rappel. Tres montañeros del Peñalara: Alfonso Hernández, Florencio Fuentes y Teógenes Díaz, con cuyo nombre se bautizaría la vía, conseguían realizar la primera ascensión el 11 de Julio de 1958 (véase croquis 2).

En toda esta evolución hacia la escalada moderna estaba jugando un papel decisivo el refugio de Vega de Urriello, construido en 1954 en la conmemoración de los cincuenta años de la primera escalada, bajo un proyecto del entonces presidente de la F.E.M., Julián Delgado Ubeda. Su estratégico emplazamiento, al pie mismo del Naranjo, le convertían en una auténtica

CARA OESTE (Croquis 3)
1962 1 — Rabadá - Navarro.
1974 2 — Directísima.
1978 3 — Murciana 78.

base de lanzamiento para los ataques a sus diversas vertientes. La proliferación meteórica de escaladas registradas: 182 entre 1904 y 1954, frente a las 136 en tan sólo diez años siguientes, es un ejemplo de la función desempeñada por este vetusto caserón, cuyas pocas acogedoras paredes iban a servir de cobijo de alegrías incontenibles y angustias infinitas.

LA OESTE, LA GRAN INCOGNITA

Desde la puerta de este refugio se puede contemplar con toda su grandeza el murallón de la Cara Oeste, que al iniciarse los años «sesenta», constituía el problema alpinístico de mayor envergadura que podía encontrarse en las montañas de la península. La dificultad sostenida de los 500 m. de escalada absolutamente vertical hacían que la empresa estuviera sólo al alcance de las posibilidades de un alpinismo de vanguardia.

En aquellos años, el montañismo en Aragón vivía momentos de apogeo bajo el impulso de un grupo de escaladores de primera fila forjados en las paredes rojizas de los Mallos de Riglos. Dos de sus más destacados representantes eran Alberto Rabadá y Ernesto Navarro, cuyas arriesgadas realizaciones estaban revolucionando los conceptos establecidos sobre las técnicas de progresión. Cuando a mediados de Agosto de 1962 los dos aragoneses, tras un detallado estudio de pared, comienzan la escalada, en su historial ya se acumulaban las vías más difíciles que había conseguido el alpinismo español hasta aquel momento.

Iniciando en el centro de la pared (véase croquis n.º 3) y siguiendo la grieta ofrecida por una gran placa, conocida como «la lastra soldada», llegan a establecer su segundo vivac en la «cicatriz», tras superar un fuerte extraplomo. El tercer vivac lo realizan antes de iniciar la «gran travesía» hacia la izquierda de la pared, después de lo cual se retiran hacia el Horcado de Ja Torca para reponer material y víveres. Vuelven de nuevo a la pared para enfrentarse con uno de los pasos más delicados de la escalada: la travesía del Gran Diedro, al pie del cual establecen el cuarto vivac. Al día siguiente, los dos bravos aragoneses llegaban a la cumbre tras haber despejado la última gran incógnita alpinística que guardaba el Naranjo de Bulnes. Era el 21 de Agosto de 1962.

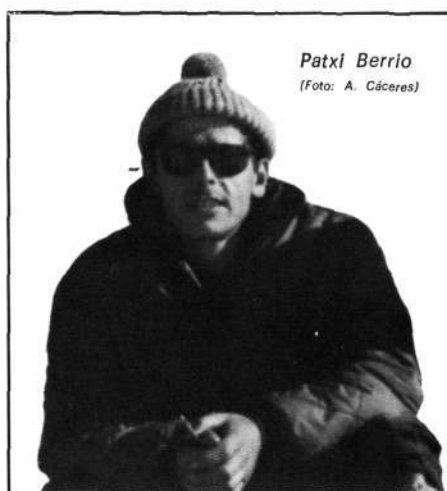
Al año siguiente, entre los días 12 y 15 de Octubre tres montañeros vascos repetían por primera vez este gran itinerario. Formaban la cordada el vizcaino José M.^a Régil, el guipuzcoano Julio Villar y el alavés Angel Rosen. El relato de este último está impregnado de admiración hacia los dos aragoneses que les habían precedido: «Nosotros estamos viviendo la segunda ascensión y tenemos una gran ventaja sobre los primeros: sabemos que es factible. Pienso con admiración en los dos bravos maños y me pregunto: «¿Cuál no sería su constante angustia al pensar que un gran desplome, o alguna losa falta de fisuras les cerrase el paso y se vieran obligados a abandonar?»».

Para entonces, Rabadá y Navarro habían desaparecido trágicamente al intentar escalar la Cara Norte del Eiger. Sin embargo, su recuerdo iba a quedar para siempre grabado en forma indeleble en la historia del alpinismo español y del Naranjo de Bulnes. Cuando en 1967 Gervasio Lastra y F. Caro realizan la cuarta escalada a la Oeste, ya con un solo vivac, sus pensamientos se verían también dominados por el recuerdo de la gesta de aquellos excepcionales alpinistas: «De mi mente no se aparta el recuerdo de Rabadá y Navarro. ¡Qué corazón hizo falta para ir remontando poco a poco esta ciclópea pared! Pienso que están aquí y que seguirán eternamente, porque este itinerario es parte de sus vidas, de su afición y de su recuerdo. Quien quiera saber cómo eran, en la Cara Oeste del Naranjo de Bulnes encontrará la respuesta.»

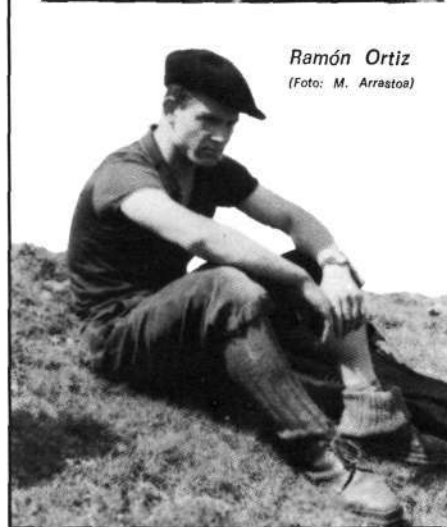
Tras la escalada de Lastra y Caro, dos cordadas vascas, la de los navarros Ignacio Tapia y Carlos Santaquiteria y la de los vizcainos Udaondo y Rubio conseguirían la quinta y sexta escaladas, respectivamente, por esta ruta, en 1968. La pared Oeste había comenzado a perder el atractivo de lo ignorado, pero los alpinistas, buscando siempre un camino de superación soñaban ya con intentar la gran muralla del Naranjo en invierno.

BERRIO Y ORTIZ, UN SUEÑO INALCANZADO

Uno de los que acariciaban ese proyecto era el guipuzcoano Patxi Berrio. A sus 33 años acumulaba la mezcla óptima de experiencia y técnica para una empresa de las características de la pared Oeste. Sus posibilidades habían quedado bien contrastadas en el Tozal del Mallo y su espíritu de iniciativa demostrado en las vías abiertas en las Hermanas Mayor y Menor de Irurzun, junto a Alberto Cáceres y Mikel Arrastoa. No obstante, ninguno de estos compañeros habituales iba a poder acompañarle por diversas razones en el



Patxi Berrio
(Foto: A. Cáceres)



Ramón Ortiz
(Foto: M. Arrastoa)

intento más ambicioso de su vida de alpinista. El 28 de Enero de 1969 partía junto al joven tolosarra Ramón Ortiz camino de los Picos de Europa. Tras pernoctar en Bulnes, al día siguiente emprenden la subida al refugio de Vega de Urriello. Se encuentra ya frente a su gran desafío: la nieve y el hielo cubren las paredes del Naranjo y hacen más impresionantes su silueta.

Como dos hormigas contrastadas entre la nieve y las proporciones de la gigantesca pared, los dos montañeros se aproximan a la base de la montaña con las primeras luces del 30 de Enero. En el libro del refugio quedaban escritas unas frases que con el curso de los acontecimientos iban a adquirir una dimensión insospechada: «Nos dirigimos a la Oeste del Naranjo. Que Dios nos ayude.»

Cinco días más tarde la inquietud comienza a crecer entre los amigos de los alpinistas. Hace varios días que la ventisca y la tormenta azotan la montaña y se sigue sin tener noticias de Patxi y Ramón. Se movilizan los primeros grupos hacia el refugio de Urriello y los prismáticos comienzan a buscar ansiosamente a los dos montañeros en la gran pared: dos puntos

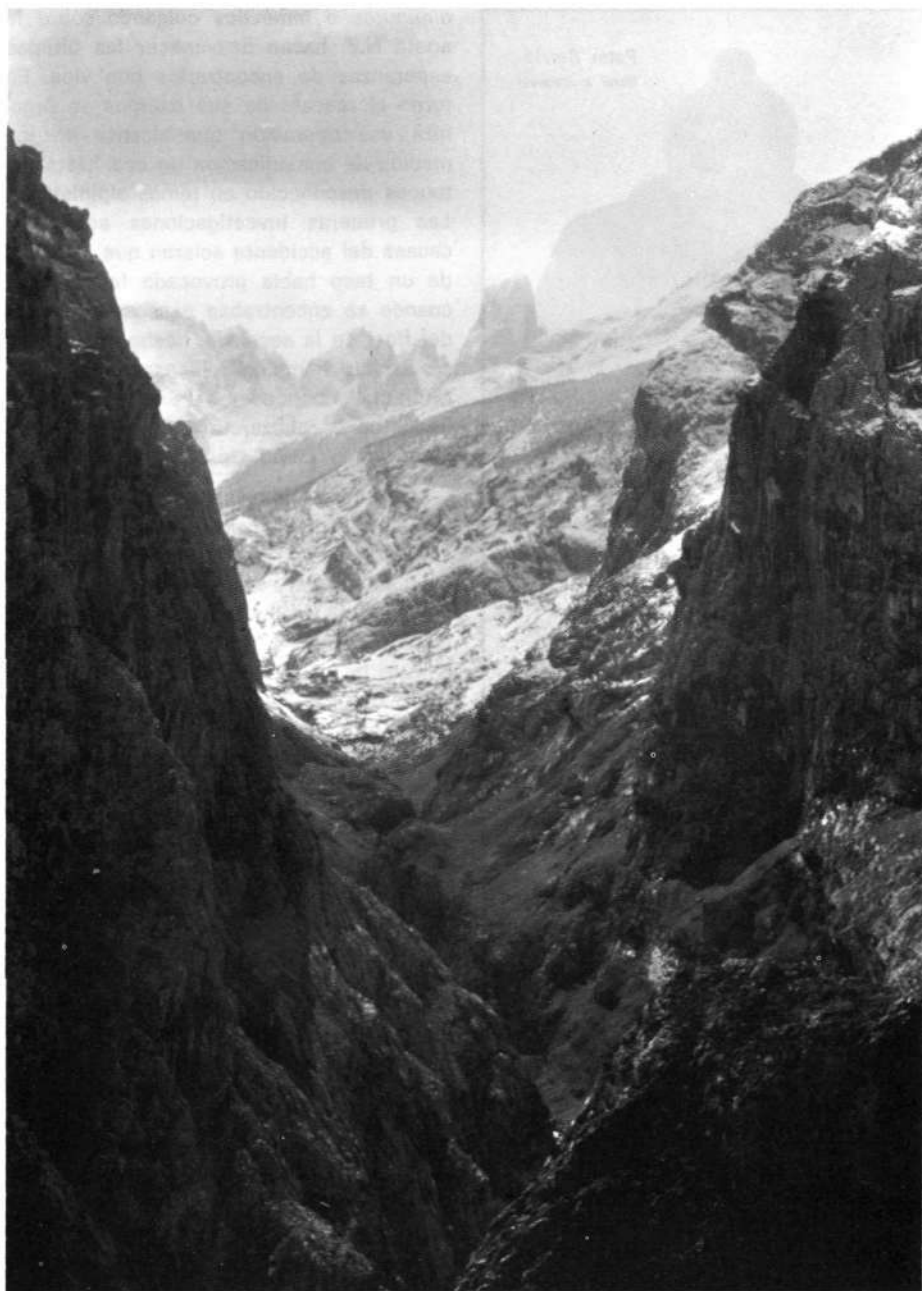
diminutos e inmóviles colgando sobre la arista N.E. hacen desvanecer las últimas esperanzas de encontrarlos con vida. En torno al rescate de sus cuerpos se organiza una operación que alcanza en los medios de comunicación un eco hasta entonces desconocido en temas alpinísticos. Las primeras investigaciones sobre las causas del accidente aclaran que la salida de un taco había provocado la tragedia, cuando se encontraban a escasos metros del final de la escalada, hecho por el cual se decidía homologar la ascensión como realizada y conceder a Patxi y Ramón el honor de encabezar la lista de las invernales en la pared Oeste.

Las informaciones vertidas sobre este triste suceso se encargaron de sacarlo de su justa medida con tratamientos sensacionalistas, sin alcanzar a entender, en la mayor parte de los casos, que en la aceptación consciente del riesgo reside la sencillez y la grandeza del alpinismo. Un concepto que Patxi Berrio había sabido sintetizar en la emocionada dedicatoria a su madre al encabezar uno de sus artículos: «Nere amari, y a todas las madres que, domingo tras domingo, ven partir a sus hijos con la mochila al hombro y un incierto regreso.»

UNA INCREIBLE SUPERVIVENCIA

La polvareda levantada por el accidente no iba a hacer sino espolear los ánimos de muchos alpinistas que esperarían impacientes la llegada del invierno para intentar la escalada. Las tentativas se suceden y la furia de los elementos se encarga de frustraciones una y otra vez, obligando a las cordadas a realizar precipitadas retiradas hacia los Tiros de la Torca, única salida posible en esta vía antes de realizar «la gran travesía». Más adelante no existe otra salida que hacia la cumbre. Este evidente peligro de la Cara Oeste se muestra en toda su intensidad cuando una tormenta deja atrapados en el punto de arranque de la arista final a José Luis Arrabal y a Gervasio Lastra. Después de 8 días de duros esfuerzos de los grupos de rescate y tras superar una increíble prueba de supervivencia, los dos alpinistas pueden ser rescatados de su cárcel de piedra y hielo, aunque José Luis Arrabal fallecería pocos días después víctima de una complicación respiratoria.

Una vez más el Naranjo se convertía en el centro de atracción de los medios informativos, creando en torno a la pared Oeste una aureola de «pared asesina» que tenía más de artificio novelesco para la galería que de consideración ecuánime de la realidad de los hechos. Pero la bola de nieve había comenzado a rodar y era difícil detenerla.



Naranjo de Bulnes y las Salidas de Bulnes desde Camarmeña. (Foto: J. A. Odriozola).

A finales de 1973 en el poco acogedor refugio de Urriello se registraba un inusitado movimiento. Varias cordadas se disponían a aprovechar la primera oportunidad que el tiempo concediera para iniciar la escalada. Entre los protagonistas se encontraban nombres muy conocidos dentro del alpinismo: Gervasio Lastra, el superviviente de la odisea del 70, formando equipo con Fernando Martínez; Miguel Angel Gallego, conocido por el «Murciano», junto a José Angel Lucas, un joven y gran escalador que ya había realizado la escada de la Oeste en dos ocasiones: la primera invirtiendo 15 horas, sin realizar vivac y la segunda en solitario, empleando tan sólo 20 horas; la tercera cordada estaba formada por Pedro Antonio Ortega, conocido por «el Ardilla», por su fácil

estilo de trepar y por César Pérez de Tudela, cuya peculiar personalidad había atraído tras de sí a todos los medios informativos del país, convirtiendo el refugio de Urriello en una improvisada sala de prensa, desde la que poder contemplar en primera fila una escalada con ribetes de «show» cara al público que iba a tener a la maltratada Cara Oeste como escenario.

ESCALADA CARA AL PUBLICO

Tras una sucesión de discusiones y acuerdos que sirvieron para llenar muchas páginas que antes se habían ocupado del alpinismo, las tres cordadas inician la escalada entre la mirada expectante de teleobjetivos y helicópteros. ¡Qué lejos quedaba en su concepción la escalada casi

secreta de Berrio y Ortiz! La cordada de Lastra y Martínez se retira por los Tiros de la Torca, mientras las otras dos siguen adelante, alcanzando la cumbre con las últimas luces del 8 de Febrero de 1973.

Pero la rueda de la historia no se detiene y tras las invernales de la Oeste llegaría el intento de enderezar al máximo esta ruta. Así, tan sólo unos meses después Pedro A. Ortega «el Ardilla» y Lorenzo Fernández alcanzaban directamente el Gran Diedro evitando la Gran Travesía.

Y tras la directa iba a llegar indefectiblemente la «directísima», cuando en 1975 un equipo de montañeros murcianos, encabezados por Miguel Angel Gallego, equipan la pared durante trece días para trazar una línea absolutamente perpendicular a la base (véase croquis 3).

Al finalizar este repaso a la historia alpinística del Naranjo de Bulnes, cabría preguntarse si, tras haber sido recorridas todas sus caras bajo las más duras condiciones, la historia toca a su fin; si el esbelto pico de Urriello ha agotado todas sus posibilidades de atraer el interés del alpinista. La respuesta creemos que debe ser rotundamente negativa. Quizás pueda decirse que se ha completado un nuevo capítulo, pero nunca que se ha acabado su historia. El Naranjo de Bulnes, como cualquier otra montaña, guardará siempre entre sus paredes una invitación a desvelar sus secretos y una puerta abierta hacia la aventura.

Bibliografía utilizada para la confección de este artículo:

- «El Naranjo de Pidal y el Cainejo», publicaciones del G. V. M. A., 1979.
- «El Naranjo de Bulnes», de José Antonio Odriozola, 1967.
- «Los Picos de Europa», de Pedro Pidal y José F Zabala, 1918.
- «SOS en el Naranjo de Bulnes», de César Pérez de Tudela.
- «La conquista del Pirineo», de Marcos Feliú.
- Colecciones de las revistas «Peñalara» y «Pyrenaica».
- Ejemplares de «La Gaceta Ilustrada» y «La Actualidad Española».

Agradecemos la colaboración que para la confección de este trabajo ha prestado el Centro de Información Geográfica y Alpina de San Sebastián.

Otros textos sobre el Naranjo:

- «Pico Urriellu o Naranjo de Bulnes», de J. R. Lueje, 1972.
- «Crónica de los Picos de Europa», de C. Alfonso, 1969.
- «Picos de Europa. Macizo Central» (mapa de Boada), 2.ª edición, 1977.
- «Picos de Europa», Ignacio M. Lasa, 1948.